

XV

Tempestades

Los días, las semanas, los meses se pasaron, y su dulce monotonía encadenó también á Madama Darboys, que ésta parecía olvidar á París y sus pasadas tristezas: sentía el contagio de la apacible dicha que reinaba al derredor suyo como se siente hasta en las más violentas agitaciones del alma la influencia de la calma religiosa que habita bajo las bóvedas del templo, ó en ese gran silencio que habita los bosques.

Angela no estaba olvidada, porque las madres no olvidan; quizá el corazón de Susana, que tanto la había amado, ocultaba aún una herida secreta, un pesar silencioso, una inquietud que velaba siempre; mas á lo menos el exterior de la vida de madama Darboys había recobrado su calma y su dignidad, y rodeada de sus hijos afectuosos y complacientes, de sus parientes y de sus antiguos amigos, ocupada de sus nietos que la

amaban, tenía una parte de felicidad, y si lloraba era delante de Dios solo, porque sus lágrimas hubieran affigido á Germana, y esta había conquistado para siempre el amor de su madre.

Sólo en el instante en que llegaban las cartas de Angela, era cuando podía conocerse que el sentimiento maternal, tan poderoso en otro tiempo, no se había apagado bajo las frías aguas de la ingratitud: al recibir estas cartas, Madama Darboys se ruborizaba como una joven, las leía, las releía; quería adivinar en cada frase el sentido que podía contener: comentaba cada palabra, analizaba cada expresión y hasta quería interrogar los caracteres de la letra, más ó menos apresurada; lo más seguro era que después de este minucioso trabajo, doblase el papel con aire triste y desalentado, y le colocase de nuevo en el sobre.

Las cartas de Angela eran frías como ella, confusas y difíciles, como la situación en que se había colocado: cartas como las de las personas frivolas, á las que falta el tiempo para todo dejaban después de leídas una impresión de descontento y de tristeza. Sin embargo, eran siempre deseadas, esperadas siempre, y la hora del correo excitaba en el alma de Susana una penosa emoción. Era un alma que siempre tenía sed, y que jamás bebía lo bastante.

Germana adivinaba la situación de su madre, comprendía que había un sitio en aquél corazón que no llenaban ni sus cui-

dados ni su ternura; algunas veces se affigia más la seguridad de su conciencia, la satisfacción del deber cumplido, la tranquilizaban y ponían la serenidad en su frente, y el consuelo en sus palabras.

Las cartas de Angela faltaron de repente y la hora del correo llegó á ser para Madama Darboys una hora de dolor: acechaba desde lejos la llegada del cartero, distinguía su paso, su modo de llamar, y respondiendo á su pensamiento, decía en voz alta:

—¡Ahí está!

Pero los días sucedían á los días, sin que la linda letra de su hija pareciese en un sobre.

Una mañana, cuando estaban almorzando, entraron el tributo diario de cartas, billetes y periódicos, acontecimiento en casa de nuestros padres y costumbre en nuestros tiempos.

—¡Aquí hay una carta para vos, madre mía,—dijo Armando presentando á madama Darboys un gran pliego cuadrado con sello rojo y que no tenía el exterior lleno de la coquetería de la correspondencia de Angela.

Madama Darboys le tomó con indiferencia: creyó al pronto que la carta era de su hija, y no esperaba gran cosa de aquella misiva, que parecía salir del estudio de un Notario ó del despacho de un Agente de cambio.

Le abrió, sin embargo; fijó los ojos en él y se puso pálida; retiró su silla hacia atrás como para esquivarse en la sombra, y cuan-

do hubo leído lentamente dos páginas de una letra muy metida, las volvió á recorrer, dobló la carta y la puso en el bolsillo sin decir nada.

—¡Mamá!—exclamó Germana, que también había recibido su correo,—ved aquí una buena nueva y bien inesperada. Angela viene á sorprendernos esta noche. Leed su carta.

Madama Darboys leyó lo que sigue:

Mi querida Germana: Deseo pasar algunos días contigo y con nuestra madre; y como conozco tu carácter hospitalario, me anuncio sin ceremonia. Llegaré á tu casa el lunes 14 por la noche.

Adiós: te abrazo, como también á mamá.

Mis afectos á tu marido.

ANGELA.

—Que sea muy bien llegada,—dijo Armando.—Haz preparar su habitación, querida Germana.

—Allá voy,—dijo ésta asombrada del silencio de su madre. Había creído que esta visita inesperada iba á causar la alegría más viva, y madama de Darboys parecía absorta en los más tristes pensamientos. No obstante, interpelada por Germana, dijo algunas palabras acerca del placer que tendría en ver de nuevo á su hija y así que le fue posible salió del comedor sin decir nada de la carta que había recibido.

—Tu madre parece preocupada,—dijo Armando.

—En efecto,—repuso Germana,—y es preciso que lo esté en alto grado para que la llegada de Angela no la haya comovido más.

—Quizá habrá recibido alguna mala noticia; pero ya sabes, amiga mía, que en tanto se halle con nosotros, los golpes de la fortuna no la alcanzarán.

Germana estrechó la mano de su marido con una ternura agradecida, que los años habían redoblado en vez de gastarla; y dejando á su madre en la soledad que buscaba y á su marido en los negocios que le reclamaban, fue á reunirse con sus hijos y dar sus órdenes para que se preparase una habitación á su hermana.

Todos esperaron la tarde con impaciencia: se había retardado la comida. Madama Darboys iba de una habitación á otra, prestando el oído al menor ruido, deteniéndose, haciendo callar á los niños cuando se oía á lo lejos el chasquido de un látigo; y no obstante, tan cerca de ver á su querida hija, no parecía dichosa. Germana daba la última mirada á la casa y al comedor. Armando se paseaba en el jardín y los niños jugaban sin inquietud ni por la hora avanzada ni por la visita que iba á llegar.

En fin, un galope de caballos y un ruido de cascabeles se dejó oír; una nube de polvo se elevó por encima del camino: un carruaje se deslizó rápidamente por la avenida enarenada y Angela se halló en el peristilo

entre su madre y su hermana. Germana la abrazó tiernamente y Madama Darboys, con una emoción extrema, repitiendo mil veces:

—¡Mi querida Ángela! ¡Mi pobre hija!

—¿Vienes tú sola, querida pequeña?—preguntó Germana.—¿Has dejado á tu marido en Paris?

—Sí,—contestó brevemente la joven.

—¿Y tus hijos?

—Los dos están en pensión y con buena salud.

Germana, preocupada con el cuidado de hacer los honores de su casa, no reparó en el tono breve y concentrado de estas respuestas; pero cuando toda la familia se sentó alrededor de la mesa, cuando la claridad de dos grandes lámparas colocadas en ella, iluminó el gracioso rostro de Angela, se entristeció al ver el cambio que en ella se había operado.

Una extrema delgadez la desfiguraba, endureciendo las líneas de su rostro y dibujando en sus sienes y alrededor de sus ojos y de su boca sombras profundas; aunque hacía esfuerzos para estar animada, parecía á la vez fatigada, enferma y triste.

La misma vivacidad con que sostenía la conversación y hablaba de las novedades del día y de los pequeños incidentes del camino, demostraba más la fiebre que la alegría.

Germana, que la observaba, no se dejaba engañar ni por el fuego de la mirada, ni por

la animación nerviosa de la palabra, y segura de que su herma disimulaba un sufrimiento verdadero, cayó en un triste silencio.

Madama Darboys parecía ser presa también de una grave preocupación; poco á poco la animación de Angela cayó como un fuego artificial que se apaga, y no deja detrás más que negras cenizas. Calló también, un abatimiento extremo apareció en su postura, su frente se inclinó pensativa, y quejándose de la fatiga del viaje, pidió permiso para retirarse.

—Te he colocado cerca de nuestra madre,—dijo Gemana inclinando su rubia cabeza con un gesto lleno de cariño, y apoyando en la suya la pálida mejilla de su hermana,—ven y te llevaré á tu cuarto, que tiene comunicación con el suyo.

—Gracias, hermana mía,—dijo la joven, y acercándose á un sillón se dejó caer en él y cerró los ojos.

—¿Qué tranquilidad hay en tu casa! ¿Eres dichosa, Germana?

—Sí, muy dichosa,—contestó ésta,—pero tú pareces fatigada... es preciso que pases una temporada á nuestro lado; el aire libre, la vida tranquila te hará bien... ¿lo oyes?—Y Germana besó la frente de la joven.—Ahora,—añadió,—descansa y hasta mañana.

Al día siguiente, y en seguida que se levantó Gemana, según tenía por costumbre, fue al cuarto de su madre. Madama Darboys estaba aun acostada, y Angela se hallaba sentada á la cabecera del lecho: ambas pa-

recián fatigadas como se está después de una noche de insomnio y de agitación, y madama Darboys hablaba con acento á la vez animado y suplicante.

—¿Os molestaré, mamá?—preguntó Germana.

—No, hija mía, siéntate,—contestó madama Darboys.

Germana se sentó al lado de Angela.

—¡Es preciso decírselo todo!—exclamó madama Darboys;—¡es preciso que tu hermana lo sepa todo!

—Decídselo, pues,—repondió Angela con un gesto altanero.

—Mi querida Germana,—empezó su madre;—nos sucede una gran desgracia... No he tenido valor hasta ahora para decírtelo; lee esta carta que he recibido ayer.

Germana reconoció el pliego cuadrado; le abrió y leyó lo que sigue:

Señora: Cuando tomé el título de esposo de Angela, no ignoráis cómo la amaba, y con qué ardor y sinceridad quería su dicha.

Pienso que ella no tendrá ninguna queja de mí: la he dado el cariño de un hombre honrado, una posición envidiable, una gran libertad, y los dos hijos que Dios nos ha enviado hubieran debido estrechar más unos lazos que no entraba en mi pensamiento romper jamás.

Vos, señora, habéis vivido con nosotros, y apelo á vuestro testimonio. ¿Me ha devuelto Angela en dicha doméstica lo que yo la llevé de amor y de abnegación?

La he encontrado siempre fría y ligera; mujer de mundo, más bien que mujer de interior; madre negligente, esposa sin ternura y ajená á toda simpatía por mis gustos, por mis hábitos, por las necesidades de mi inteligencia y de mi corazón.

Sin embargo, yo he soportado sin quejarme estos defectos de su carácter; he hecho callar algunas veces mi justo descontento, y, sólo después de algunos años de pruebas, siempre reiteradas, sólo cuando mis últimas ilusiones se han disipado, sólo cuando he visto que me estaba vedada la felicidad de la familia, es cuando me he acogido á las ideas de medro y de ambición, dando un fin á mi espíritu, puesto que mi corazón no le tenía. Sólo pedía á mi mujer un poco de dulzura y de indulgencia en nuestras relaciones, y, si la era posible, un poco de amor para nuestros hijos. ¿Era exigirla demasiado?

Ya sabéis que desde que llegamos á París, Angela se ha dejado dominar por los goces disipados y dispendiosos del mundo. Más de una vez la he advertido del peligro que hacía correr á su reputación y á mi dignidad, descuidando relaciones honrosas y serias, por una sociedad de jóvenes de ambos sexos, locos por el placer, y que no guardan ninguna medida ni en sus acciones, ni en sus gastos. Angela se ha burlado de mi parecer, y ha continuado pasando su vida en fiestas, en bailes, en partidas de campo, en viajes, abandonando sus hijos á los criados y su casa al desorden.

Todavía tuve puciencia; pero cuando vos nos dejasteis, y no quiero buscar aquí los motivos

de vuestra partida, mis motivos de queja se hicieron más graves. Angela había contraído deudas y yo las pagué; pero además había adquirido una amistad estrecha con una mujer cuyo honor estaba gravemente comprometido; la prohibí que la viera; pero no hizo caso alguno de mis órdenes, y hace poco tiempo, á despecho de una prohibición formal, vuestra hija ha marchado á los baños de mar acompañada de esta amiga, mujer cuyo contacto mancha y cuya afección deshonra.

Mi paciencia ha llegado á su fin; en ausencia de Angela he inspeccionado sus notas y sus libros de gastos, y he hallado nuevas deudas causadas por el gusto desenfrenado del lujo. Aún hubiera podido perdonarla esto, pero su desobediencia, su falta de respeto por mi nombre, han colmado la medida.

Estoy decidido á que nos separemos amistosamente, sin ruido, pero también de una manera irrevocable. Debo guardar mi dignidad y el porvenir de mis pobres hijos.

Luisa y Raoul están en pensión; Angela irá á vuestro lado y convendrá con vos, señora, acerca del lugar donde haya de vivir. Yo preferiría que viviese á vuestro lado; pero sin duda ella reclamará más libertad y más diversiones.

Esta resolución que he madurado durante largo tiempo, me aflige, sobre todo por mi madre; sé hasta qué punto será cruel para ella la desgracia de su hijo. Me aflige también por vos, señora, pues sé hasta qué extremo Angela os es querida; pero apelo á vuestra justicia y á vuestros recuerdos, y me atrevo á esperar que no re-

husaréis acojer con la expresión de mi pesar, la de todo mi afecto respetuoso.

LEOPOLDO DE EMMERYN.

Germana quedó consternada después de leer esta carta; levantó temblando su dulce mirada, y la fijó en su madre, que sollozaba y en Angela, que volvió la cabeza con aire á la vez altanero y triste.

—¿Es esto sin remedio?—murmuró Germana á media voz.

—Creo que monsieur de Emmeryn no cambiará en su determinación,—contestó Angela con voz breve;—es muy orgulloso y está muy envanecido con sus derechos y con su nombre, como dice: á la vuelta de mi corto viaje á Dieppe es cuando me ha anunciado lo que pretendía...

—Ese viaje ha sido una locura, concédele, pobre hija mía,—dijo madama Darboys.

—Sí, cien veces sí, convengo en ello; no debía haberme marchado sin el consentimiento de Leopoldo, ni viajar con mistres O-Brien, puesto que ésta le disgustaba; ella me convenció, lo confieso. ¿No basta esto?

—¿Y tus deudas,—preguntó Germana,—son considerables?

—Ni siquiera lo sé. He hecho como todas las mujeres de mi posición y de mi edad; no se puede vivir en sociedad sin hacer algunos gastos.

—Las deudas no importan nada,—dijo madama Darboys con viveza,—yo las paga-

ré, economizaré de mi renta; no te inquietes por eso.

En medio de tan gran pesar, Susana parecía dichosa al poder sacrificarse aún una vez por su hija; ésta la abrazó.

—¡Ah!—exclamó,—¡qué buena eres, mamá!

Madama Darboys tuvo un instante apoyada sobre su pecho aquella cabeza encantadora aun á pesar de su palidez, y como si la caricia de su hija hubiera reanimado la esperanza en su alma, dijo:

—No puedes vivir separada de tu marido y de tus hijos; es forzoso hallar algún medio para evitarlo, di lo que piensas.

—Pues bien,—dijo Angela fijando en su hermana mayor una mirada tímida,—una sola persona tiene influencia sobre el ánimo de Leopoldo: su madre. Si ella quisiera reunirnos, podría hacerlo.

—¿Lo oyes, Germana?—dijo madama Darboys con acento de súplica;—tú, á quien madama de Emmeryn ama tanto; tú, á quien tiene en tan alta estimación, podrías aproximarlos. La madre de Leopoldo no te rehusará nada, y además, por tu matrimonio eres sobrina suya.

—Tenéis razón, madre mía,—respondió Germana lentamente;—pero antes de comprometerme deseo que me diga Angela si desea sinceramente volver á reunirse con su marido.

Angela guardó silencio.

—Habla, hija mía,—dijo su madre tomándole la mano;—¿no quieres reunirte con

tu marido y con tus hijos? ¿estar lejos de ellos, es para ti un dolor y un peligro, hija mía! ¿y qué harán los pobres niños sin su madre?

Estas últimas palabras fundieron el hielo que cercaba aquel corazón orgulloso.

—¡Pobres hijos míos!—exclamó Angela, mientras dos lágrimas rodaban por sus mejillas.—¡Mi hermoso Raoul! ¡mi Luisa, tan bonita y tan viva! ¡oh, sí! ¡yo haré los más grandes sacrificios para poseerlos de nuevo! ¿Y crees, Germana, que yo no amo á mi marido? Es verdad que me ha olvidado un poco por sus trabajos, por su carrera; alguna culpa tiene él de las faltas porque me condena... mas en fin, ¿de qué me acusa? ¡de haber contraído deudas, y de algunas relaciones un poco ligeras, es verdad; pero tampoco tengo otras culpas!

—¿Y si consintiese en una reconciliación Leopoldo, aceptarías las condiciones que te impusiera?—preguntó Germana.

—Preciso sería... ¡la suerte de una mujer separada de su marido es muy triste!

—¿Puedo contar con tu promesa... con tu promesa positiva?

—¡Te digo que sí, hermana mía!

—Pues bien; esta misma tarde iré á ver á madams de Emmeryn.

—¡Ah, hija mía!... ¡ah, mi buena Germana!—exclamó madama Darboys, que habia seguido ansiosamente este diálogo,—¡qué reconocida te estoy!... ¡Devuelve á tu pobre hermana su posición, su marido, sus hijos!...

¡Esa será la más bella obra de tu vida!

—Si el éxito depende de mí,—respondió Germana abrazando á su madre,—no estaréis largo tiempo inquieta, mi querida mamá, porque yo también anhelo que Angela sea feliz.

XVI

Horizontes puros

La conversación de Germana con madama Emmeryn duró largo tiempo.

Sólo con gran pena y á fuerza de instancias y de súplicas afectuosas habia obtenido al fin la joven el éxito de la causa que defendía con tanto calor y con lágrimas tan sinceras.

—Si lo hago será por vos, Germana,—dijo al fin la madre de Leopoldo:—si no os quisiera como á una hija, si no deseara daros en una circunstancia tan grave una muestra de mi afecto, hubiera persistido en mi negativa, porque aprobaba la resolución de Leopoldo respecto á vuestro hermana. ¡Vos